



Estrabismo en la mirada turística del patrimonio cultural inmaterial indígena y afro-costarricense: unos ven los saberes cotidianos, otros buscan el exotismo

Strabismus in the Tourist Gaze of Indigenous and Afro-Costa Rican Intangible Cultural Heritage: some see everyday knowledge, others seek exoticism

 **Giselle Chang Vargas**

Universidad de Costa Rica
Costa Rica
gischang.cr@gmail.com

RESUMEN

Costa Rica es reconocida por su biodiversidad y el modelo de turismo ecológico. En la última década, el etnoturismo se ha incrementado, pues su oferta reúne recursos de la naturaleza, las tradiciones culturales y la vida rural. La mirada del turista se guía por los idearios del turismo y elementos de la vida cotidiana de estas etnias, que son de interés para diversos tipos de turistas. En esta comunicación, se reseña el contexto de los ocho pueblos indígenas del país y los ámbitos del patrimonio cultural inmaterial que se han convertido en atractivos turísticos. Los efectos del turismo y de la Covid-19 han influido de maneras diferentes a las comunidades, según su dependencia de la actividad turística.

PALABRAS CLAVE: etnoturismo; patrimonio inmaterial; cotidianeidad; exótico.

ABSTRACT

Costa Rica is recognized for its biodiversity and ecological tourism model. In the last decade, ethno-tourism has increased, as its offer brings together natural resources, cultural traditions and rural life. The tourist's gaze is guided by the ideals of tourism and elements of the daily life of these ethnic groups, which are of interest to various types of tourists. This paper reviews the context of the country's eight indigenous peoples and the areas of intangible cultural heritage that have become tourist attractions. The effects of tourism and Covid-19 have influenced the communities in different ways depending on their dependence on tourism activity.

KEYWORDS: ethno-tourism; intangible heritage; everyday life; exotic.

Introducción

Es una realidad innegable la condición multiétnica y pluricultural de Costa Rica desde tiempos antiguos, antes de 1502, debido el contacto con Colón y los conquistadores españoles, que aumentó durante el período colonial; y después de 1821, con los proyectos republicanos de blanqueamiento, que se volvieron, en la llegada de inmigrantes de distintas latitudes, muchos no gratos, vistos como el mal necesario ante la demanda de mano de obra para grandes empresas. Como señala Duncan (2012), la diversidad cultural y el mestizaje son procesos que configuran la construcción de la nación, y que todavía, en el bicentenario de la independencia, han sido negados por distintos sectores sociales.

En la actualidad, la diversidad étnica¹ se observa en nueve pueblos indígenas y una comunidad afrodescendiente, la mayoría residente en el Caribe, que configuran la matriz tripartita. A esto, se agrega la presencia y aporte de otras

¹ La población amerindia se ubica en 24 territorios indígenas (bribris, cabécares, ngäbe-buglés, malecus, bruncas, broran-terbis, huetares y descendientes de chorotegas) y un pueblo miskito (que reside en los alrededores de las ciudades del centro del país). La presencia africana está en el mestizaje de la época colonial y el aporte afro-caribeños de finales del XIX. Otra presencia importante es la de migrantes chinos, italianos, árabes, judíos y recientemente.

minorías étnicas o nacionales (con diferencias religiosas, lingüísticas, que llegaron desde finales del XIX y en las primeras décadas del XX, tales como chinos, italianos, árabes y polacos judíos).

El objetivo de esta comunicación es reflexionar acerca de las prácticas culturales con valor patrimonial en distintas comunidades culturalmente diferenciadas de Costa Rica y su turistización. El fin es mostrar en cuáles ámbitos hay más elementos que se han convertido en atractivos turísticos y detectar el foco de la mirada del turista que, como dice Urry (2004, p.6), se construye en relación con su opuesto, con aquellos rasgos que se ven fuera de lo ordinario, como un interés nato o inducido por la gestión de agentes externos y actores locales.

Desde la antropología del turismo, se plantea la siguiente pregunta: ¿dónde se debe enfocar la mirada, para interpretar las prácticas discursivas del etnoturismo? Esta pregunta conduce al debate entre el paradigma positivista, que apela a la objetividad, al usar métodos estandarizados, versus el paradigma naturalista que, por la flexibilidad en el trabajo de campo etnográfico, se califica de subjetivo. Una de las flaquezas positivistas es el cierre al acceso de los sentidos de los sujetos de la comunidad y propone unir el naturalismo como alternativa epistemológica, ya que permite la fusión entre la persona investigadora, que aprehende la lógica de la vida social, como lo hacen los miembros de la comunidad donde realiza su de estudio.

Otra modalidad de la mirada, no excluyente con la anterior, es la distinción entre dos enfoques o rutas hermenéuticas, que en la jerga antropológica denominamos emics y etics, vocablos acuñados por el lingüista Kenneth Pike, quien concibe al lenguaje como un comportamiento cultural, por lo que al aplicarlos a contextos interculturales, como el caso del turismo étnico, se pueden comparar distintas visiones: la etic con la emic, donde se puede cotejar lo que se ve desde afuera, como personas que investigan la otredad y, desde otra perspectiva, como lo que la comunidad piensa, desde sus propias vivencias e interpretaciones sobre qué y hasta dónde debe ser la

oferta turística. “A final de cuentas, en el acercamiento a una cultura extraña, se tienen dos opciones: tomar un enfoque doble o escoger uno, pero advirtiendo las limitaciones de tomar solo lo observado desde afuera” (Chang Vargas, 2014b, p. 75).

En el sentido de la mirada, se denomina estrabismo, al caso en que los ojos no están alineados en la misma dirección o no miran el mismo objeto. De manera similar, el estudio del turismo, lo podemos ver con distintas miradas. Otro acercamiento al problema de la mirada del turismo, puede ser el análisis de textos publicitarios que promocionan el etnoturismo y cotejarlo con las vivencias reales o soñadas que el turismo ofrece y el “costo cultural”, que esto implica.

Es difícil valorar sin un conocimiento previo, por lo que surgen las siguientes preguntas: ¿cómo se ha construido la mirada del turista que visita los territorios indígenas y la región caribeña, como espacios de mayor diversidad étnica-lingüística?, ¿cuáles recursos culturales son de interés para el etnoturismo?, ¿cuál ha sido la incidencia del turismo en el patrimonio cultural inmaterial de comunidades extra occidentales? En esta comunicación se busca dar un panorama sobre la diversidad y complejidad del etnoturismo.

El abordaje metodológico se sustenta en el registro de datos, que ha sido una actividad diacrónica, con base en trabajos etnográficos realizados desde antes del inicio del etnoturismo en Costa Rica, lo que brinda insumos necesarios para analizar las diferencias o cambios en el comportamiento cultural de la población que recibe turistas en sus comunidades y territorios.

El trabajo se focaliza en el siglo XXI, cuando el etnoturismo, o la demanda por algunas expresiones o tradiciones culturales diferenciadas y con valor de patrimonio cultural inmaterial, se convirtieron en una fuente de trabajo para algunas familias y hasta comunidades indígenas y afrodescendientes. De esta manera, como la consulta bibliográfica es transversal en el proceso de diseño

y ejecución de un proyecto, la aplicación de distintas modalidades de observación ha sido una constante en la recopilación de información, que se torna en datos, para explicar la generación de nuevos patrones de comportamiento cultural. Siguiendo a McCannell (2007, p. 19) “cualquier descubrimiento de un nuevo sujeto cultural empieza y termina, por fuerza etnográfica, con observaciones de personas reales, hechos y relaciones”. El trabajo etnográfico de varias décadas, sobre gestión e investigación-acción de las culturas indígenas, con énfasis en las prácticas discursivas que las comunidades consideran referentes de su identidad como pueblos diferenciados, es la fuente para las consideraciones sobre el papel del turismo en los pueblos indígenas y afrodescendientes.

En esta comunicación no se tratará el caso de otras minorías que llegaron al país como inmigrantes en el siglo XIX, con los proyectos republicanos o emigraciones del siglo XX.

Paradojas entre el reconocimiento de la multietnicidad y el desarrollo turístico

El turismo es el fenómeno antiguo que más ha movilizadado personas en viajes por todo el mundo. Sin embargo, su desarrollo y auge son relativamente recientes, ya que, no fue sino hasta mediados del siglo XX, que empezó a apoderarse de las industrias y ha llegado a ser la mega industria de nuestros tiempos. La Organización Mundial del Turismo (OMT) es una agencia ejecutiva del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), que define el turismo como:

[...] un fenómeno social, cultural y económico que supone el desplazamiento de personas a países o lugares fuera de su entorno habitual por motivos personales, profesionales o de negocios. Esas personas se denominan viajeros (que pueden ser o bien turistas o excursionistas; residentes o no residentes)

y el turismo abarca sus actividades, algunas de las cuales suponen un gasto turístico² (OMT, s.f.).

Esta definición se enfoca en el viaje a un entorno que no es el cotidiano e incluye innovaciones al señalar una variedad de actividades que distinguen nuevos tipos de turismo³.

Se concibe al turismo como un fenómeno complejo, ambivalente y polifacético, y se lo puede clasificar como un campo de estudio, una actividad económico-cultural y un tipo de industria cultural (Chang Vargas, 2023). En este siglo, ha logrado un poder global (una revisión de las cifras que brinda la OMT impresiona al conocer los millones de personas vinculadas con él y los billones de dólares que se generan en esos gastos turísticos) que ha impulsado un cuerpo teórico transdisciplinario. Así, desde la antropología, hay una amplia gama de definiciones y descripciones de turismo, que Burns (2002, p.50), ha sistematizado, según se enfoquen en distintos aspectos como las expectativas del viaje, los impactos y tipos de turismo, la interacción entre turistas y la gente local, los atractivos del destino, entre otras. La autora del presente trabajo comparte con Middleton (1998) la concepción del turismo como una industria del mercado.

El turismo es una actividad empresarial que tradicionalmente se concibe como una balanza que fluctúa entre la oferta y demanda para atraer a grupos de visitantes a un determinado destino. Sin embargo, gracias al aporte de Urry (2004), con la incorporación del concepto de mirada, se amplía la perspectiva de los estudios sobre turismo, hasta entonces limitados a cuestiones de efectos en el Producto Interno Bruto (PIB) y las fuentes de

² Recuperado de: <https://www.unwto.org/es/glosario-terminos-turisticos> [Consultado 05-10-23]

³ Turismo cultural—Turismo de negocios (relacionado con la industria de reuniones) -Ecoturismo-Turismo gastronómico-Turismo rural-Turismo costero, marítimo y de aguas interiores-Turismo de aventura-Turismo urbano o de ciudad-Turismo de salud-Turismo de montaña-Turismo de bienestar-Turismo educativo.

trabajo que, si bien son parte de la complejidad de factores asociados con el turismo, desde la antropología se abre una ventana para explorar otros hechos involucrados más allá de un asunto meramente económico. Entre los componentes del turismo están las condiciones del lugar y los atractivos del destino, por lo que el mejor postor será el que reúna más puntos, acordes al imaginario turístico, que comprende, como señala Hiernaux (2002, p. 8-9):

[...] aquella porción del imaginario social referido al hecho turístico, es decir a las numerosas manifestaciones del proceso societario de viajar, cuya construcción es compleja, subjetiva, intervenida por la transferencia tanto de las impresiones subjetivas captadas a través de experiencias de vida, como de datos recogidos de otras personas o medios de difusión [...].

El maridaje entre las nociones de mirada y de imaginarios en el turismo, abren el paso de un camino a una autopista de varias vías, pues se amplían y diversifican la cantidad y tipo de actores, la oferta de atractivos y el proceso de resemantización e invención de nuevos intereses, en que la mirada se vuelca a los pueblos originarios y estima un estrabismo convergente o divergente, entre la población nativa o receptora de turistas y la mirada de los otros, sean intermediarios, turistas e incluso antropólogos. El asunto es tan complejo que excede el propósito de este artículo en que interesa conocer si la mirada se fija en algunos de los ámbitos del patrimonio cultural de pueblos indígenas o afrodescendientes. Como apuntan Flores y Oviedo (2017, p. 494), “esa mirada es construida mediante un arsenal de signos que se consideran incorporados al paisaje como diferentes aquellos que forman parte de la experiencia cotidiana de los turistas. Así, colaboran prácticas no turísticas”, entre ellas el cine, la televisión, la literatura, las revistas, los videos, fotografías o postales y el internet.

Para Donaire (2012, p. 15), estos son rasgos del turismo contemporáneo en que se denotan procesos como la diseminación del sentido y la dispersión de signos, pues circulan múltiples imágenes y estímulos, que dificultan el establecimiento de códigos estables.

La polifonía, con voces distintas en las narraciones de la realidad, dificulta que se establezca un discurso integrador de la realidad. En el escenario postmoderno hay nuevas formas de turismo, como “el turismo del patrimonio –el heritage tourism– es una metáfora de este período” (Donaire, 2012 p.115), en que se utiliza como “estrategia la integración del patrimonio en la imagen y productos turísticos” (Donaire 121: 117) con elementos tales como playa y cultura, por ejemplo, en el caso del turismo en Cancún, México, donde se ha creado un plan que fomenta la conexión con restos mayas, que genera la marca Riviera Maya. En Costa Rica, el turismo cultural es relativamente reciente y su avance se observa en este siglo. A una escala mucho menor que la de México, hay tours-operadoras que ofrecen un circuito que inicia en el parque marino de Bahía Ballena y recorren los sitios arqueológicos de patrimonio mundial, como los asentamientos con esferas en el Diquís, ubicados al sureste del país, con la visita a Curré-Yimba o Boruca, comunidades indígenas del pueblo brunca, conocido por sus máscaras talladas en madera y sus festejos tradicionales. Es decir, en un par de días se disfruta el turismo de playa, el ecoturismo con el etnoturismo.

Este último es un escenario cultural postmoderno, que Donaire (2012, p.121) llama turismo etnológico⁴, en el que la mirada de los visitantes no recae tanto en las piezas del patrimonio monumental, sino en las formas de vida, en los rasgos distintivos de las culturas ajenas, en la búsqueda de la “antropología del otro”, en que el sujeto de la experiencia es lo que podríamos llamar el otro.

Detrás de paisajes naturales y culturales, donde se hallan las comunidades portadoras de un variado patrimonio cultural inmaterial, rico en saberes tradicionales, se oculta o matiza un panorama de vicisitudes y memorias de la colonialidad, de resistencia cultural. La educación escolar ha difundido la imagen de una Costa Rica homogénea (Alvarenga Venutolo, 2007), de origen

⁴ Corresponde a un turismo enfocado en el Patrimonio Cultural Inmaterial (PCI).

européo, y las evidencias contrarias se invisibilizan de la historia y se cubren descaradamente las actitudes negativas que tienden hacia las prácticas culturales diferenciadas del modelo occidental.

Se refuerza lo esbozado en la introducción, al subrayar que la construcción de la nación es un proceso que inició en 1821, con la independencia de España y aún continúa con actores de una gran mayoría mestiza y minorías de pueblos indígenas originarios, afrodescendientes, españoles, chinos, árabes y otras comunidades europeas y asiáticas (Bozzoli, 1999), que configuran la actual república costarricense.

El enunciado anterior hubiera indignado a más de una familia criolla⁵ del siglo XIX y todavía “hace ruido” para muchos hombres y mujeres que crecieron escuchando el discurso de una ideología sustentada en la blanquitud costarricense, reforzada desde 1866, gracias a un decreto ejecutivo que estipula la obligatoriedad de la educación primaria, que transmitía contenidos de exclusión social para aquellos, con fenotipos y patrones culturales diferentes al modelo europeo. No obstante, si se empeñaron en defender lo que el historiador Acuña Ortega (2002) llama “la diferencia costarricense”, evidenciada desde el inicio del período post-independencia, con la invención del carácter pacífico del pueblo costarricense y su espíritu de concordia en contraste con los conflictos vecinos. Después de la lucha, en defensa de la soberanía nacional contra los filibusteros de 1856, varios autores (Jiménez Matarrita, 2002; Soto Quirós, 2017; Rodríguez Chaves, 2016) señalaron que en variadas crónicas de viajeros extranjeros y escritos de funcionarios nacionales (como Felipe Molina), se propagaron imágenes de una Costa Rica idílica, en su obsesión por el mito de la blancura.

Durante siglos, la base de la economía del país fue la agricultura, complementada con la ganadería y la pesca. Hasta casi la mitad del siglo XX,

⁵ Criollo: entendido este término como mezcla de personas europeas nacidas en estas tierras con población extra-occidental.

el país estuvo en manos de gobiernos neoliberales, y tras un par de décadas de un llamado estado de bienestar, a finales de los 70, este se vio amenazado por varios factores, como las contradicciones del modelo de desarrollo fordista, la deuda externa y el cuestionamiento del Programa de Ajuste Estructural (PAE), basado en la sustitución de exportaciones (sobre todo productos agrícolas como café, banano, caña de azúcar). El panorama económico del país era recesivo (Arias Ramírez y Muñoz López, 2007, p. 6) y entre sus repercusiones está el incremento de procesos de descampesinización y de migraciones internas del campo a la ciudad. A inicios de los 80, “existía acuerdo en el país sobre la necesidad de un cambio en el estilo de desarrollo, no obstante, persistía la discrepancia en relación con la modalidad y la implementación de una nueva estrategia de desarrollo” (Arias Ramírez y Muñoz López, 2007, p. 9).

Ante demandas sindicales, un sector agropecuario debilitado y la inestabilidad política en la región centroamericana, aunados a otros elementos, se da un viraje hacia una política orientada a incrementar el sector industrial, lo que propicia la apertura y desarrollo de una industria sin chimeneas: el turismo. En 1931, se inicia la normativa oficial sobre regulación turística, con la creación de la Junta Nacional de Turismo, que funcionó hasta agosto de 1955, en que se fundó el Instituto Costarricense de Turismo (ICT)⁶. En 1985, se aprueba la Ley de Incentivos para el Desarrollo Turístico⁷, la cual afecta al sector agropecuario, con lineamientos contra la identidad cultural como lo son: importar alimentos de la canasta básica, atropellar la seguridad y la soberanía alimentaria. Desde entonces a la fecha, el sector turismo, es uno de los que tiene mayor cantidad de expedientes y documentos emanados del Ejecutivo, tanto aprobados como en espera de la aprobación legislativa, que inciden en distintas escalas a manera multisectorial, como la

⁶ El ICT se creó con la Ley N° 1.917, el 29 de julio de 1955, publicada en La Gaceta N° 175, el 9 de agosto de 1955.

⁷ Promovida por el ICT, el 30 de agosto de 1985.

reforma parcial al Reglamento de las Empresas Turísticas, Decreto Ejecutivo N° 25226-MEIC-TUR de 1996 y sus reformas para la adaptación de requisitos aplicables a las Reservas Indígenas, del Decreto N° 37393-MEIC-TUR de 2012, que señala⁸:

3º Que asimismo, según el artículo 5º, inciso c), de su Ley Orgánica, N° 1917 del 30 de julio de 1955, el Instituto promoverá y estimulará cualesquiera de las actividades comerciales, industriales, de transporte, deportivas, artísticas o culturales que traten de atraer al turismo, brindándole facilidades y distracciones o que den a conocer al país en sus diversos aspectos, especialmente el folklórico.

De acuerdo con los historiadores Marín Hernández y Viales Hurtado (2012, p. 175-176), en Costa Rica se pueden distinguir cinco etapas de la actividad turística en la línea del tiempo, entre 1835 y 2011, que de manera concisa se definen como: preturismo y prototurismo, en que el descanso se perfila como una leve tregua en el trajín diario; turismo primario, en que se masifican los medios de comunicación; promoción del turismo, diversificación de sitios y explotación del paisaje; desarrollo del turismo y construcción de grandes obras. Al intentar ubicar las comunidades indígenas, con base en la carencia de los elementos indicados por Marín Hernández y Viales Hurtado (2012) y las observaciones y anotaciones etnográficas desde 1980 al 2021, realizadas por la autora en distintos territorios indígenas del país, se considera que, aunque hay particularidades en el turismo en las diferentes comunidades indígenas, las personas foráneas que visitaron las regiones con pueblos indígenas, eran funcionarios públicos, distribuidores de productos industriales o grupos de profesores y estudiantes universitarios. Según opinan algunos miembros de comunidades bruncas (Chang Vargas, 2023) y bribris, fueron estos últimos los que propiciaron el cambio, pasando

⁸ Recuperado de: http://www.pgrweb.go.cr/scij/Busqueda/Normativa/Normas/nrm_articulo.aspx?para m1=NRA&nValor1=1&nValor2=73815&nValor3=90747&nValor5=2 [consultado 20 -10-22]

de un viaje o gira de estudio, a un viaje en busca de ocio, placer y recorridos en contacto con la naturaleza. Esto se podría ver como la fase promocional, que, en la mayoría de los casos, se vincula con las artesanías o ritos festivos como atractivos turísticos, hasta diversificarse con un juego demanda-oferta en que intervienen saberes sobre las plantas medicinales y relatos de su cosmovisión. Este tipo de actividad se ubica aproximadamente entre mediados de los 60 a mediados de los 90, con prácticas diferentes según la situación del contexto (Chang Vargas, 2023; Dormaels, 2012; Weil, 2004).

Aproximadamente desde mediados de los 90, el turismo empezó a tomar auge, cuyo incremento se detuvo un poco en el 2008 con la crisis económica mundial, y en el 2020 con la pandemia provocada por el Covid-19. Desde la segunda semana de marzo del 2019, el país estuvo en emergencia sanitaria, cuyo impacto se denotó en el cierre de muchas empresas, desempleo, incertidumbre, de entre una lista de malestares. Con el fin de favorecer al turismo, el Gobierno de la República retomó la apertura y, desde el 1° de agosto del 2020 se abrieron los dos aeropuertos internacionales⁹, los cuales permiten el ingreso de turistas de Estados Unidos y de Europa. El 1° de noviembre del 2021 se abrieron las fronteras para turistas de todo el mundo, con la implementación de protocolos sanitarios en las distintas áreas: establecimientos de hospedaje, parques nacionales, playas, actividades turísticas, restaurantes, alquileres de autos, tour operadores, transporte turístico, entre otros¹⁰. A escala nacional, el Instituto Costarricense de Turismo (ICT), promueve la campaña “Vamos a turistar”, con información sobre ofertas de paquetes para conocer todas las regiones del territorio

⁹ Los aeropuertos mencionados son: aeropuerto Juan Santamaría, ubicado en las afueras de la ciudad de Alajuela, a menos de 20 km de la ciudad de San José, capital de la República, y el aeropuerto Daniel Oduber, ubicado en Liberia, provincia de Guanacaste, uno de los mayores polos turísticos del país.

¹⁰ Recuperado de: <https://www.ict.go.cr/es/noticias-destacadas.html?start=330>

nacional. En mayo del 2022¹¹, hubo cambio de poderes y así como el gobierno saliente considera que se combatió la pandemia, el nuevo elimina los protocolos y llama a la presencialidad, en un ambiente ambiguo ante efectos negativo de nuevas variedades de Covid sobre la población infantil. Esta medida abre más puertas al turismo, pues hay un aval para visitar Costa Rica, aunque entre otras contradicciones, no se exige al turista el comprobante de sanidad, aunque provenga de países con altos índices de pandemia. Además, se mantiene otro lineamiento del gobierno anterior, al pasar la celebración de días feriados al lunes siguiente, con el fin de favorecer el turismo, ya que el fin de semana se alarga y hay tiempo para salir de casa.

Aunque Costa Rica ocupa solo el 0,03% de la superficie de nuestro planeta, en Costa Rica se concentra casi un 5% de la biodiversidad del mundo (IDA Y VUELTA COMUNICACIÓN, 2017). Esta condición de la naturaleza ha propiciado que Costa Rica sea reconocida por su “turismo verde”, razón para aquellos que apuestan por un turismo ecológico, con variedad de microclimas. El ecoturismo se diversificó en una variedad de actividades para complacer a turistas de grupos etarios diferentes, aunque predominó la tendencia al turismo de aventura.

Mientras tanto, el turismo cultural se ha ido asomando poco a poco, cobrando mayor importancia en la segunda década del siglo XXI. No obstante, desde mediados de los 90, hubo propuestas regionales (por ejemplo, a través de la Agenda de Coordinación Educativa y Cultural Centroamericana [CECC])¹² para desarrollar una ruta maya y ruta colonial, desde la península de Yucatán en México, hasta Colombia. Costa Rica se encuentra inserta en esta región, pero quedaba excluida, pues los mayas

¹¹ Recuperado de: <https://www.presidencia.go.cr/comunicados/2022/05/costa-rica-destaca-en-el-mundo-por-atender-con-exito-la-pandemia-del-covid->

¹² Formada por los Ministerios de Educación y Cultura de Centro América, desde Belice hasta Panamá y recientemente, se invita a República Dominicana. CECC es miembro del Sistema de Integración Centroamericano [SICA].

nunca llegaron a esta zona y el interés por lo colonial se enfocaba en bienes del patrimonio histórico y arquitectónico que, lamentablemente, por la miopía de los gobiernos del siglo XX, se destruyeron estos valiosos inmuebles para convertirlos en edificios modernos o en parques. La herencia material del período colonial es pequeña, comparada con la de los países del resto de la región. No obstante, la huella colonial se denota en la diversidad étnica del país, con particularidades subregionales, donde en un país de mestizaje biológico (Barrantes y Morera, 1995) y cultural, hay zonas donde una determinada herencia genética –europea, amerindia y afrodescendiente- se impone sobre las otras, a lo que se agregan las posteriores migraciones asiáticas, que han configurado a Costa Rica, como una nación pluriétnica y multilingüe.

De acuerdo con la carta enviada por la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH)¹³,

los integrantes de la Comisión de Historia llegaron a la conclusión de que los países latinoamericanos atraviesan por una severa crisis en materia de enseñanza de la historia, en vista de que ha perdido importancia en los planes de estudio de todos los niveles educativos (IPGH, 2019)¹⁴.

Esta es una de las causas de las deficiencias del sistema educativo que desvaloriza las humanidades y el proceso de construcción de la cultura y de los patrimonios regionales. En el caso costarricense, se aplica el siguiente comentario “[...] la obsesión por venderse como país ecológico está desvalorizando su historia, sus comidas típicas, sus bailes tradicionales y la

¹³ IPGH es un órgano de la Organización de Estados Americanos [OEA]. El Comité de Antropología pertenece a la Comisión de Historia. En esa reunión no se aprobó la propuesta de pasar a ser Comisión.

¹⁴ Ponen varios considerandos, entre las más relevantes se encuentran las siguientes dos: 1- El conocimiento del pasado que nos constituye como naciones fortalece la identidad y el sentido de pertenencia. 2- Varias de nuestras constituciones reconocen que somos países pluriétnicos y pluriculturales, por lo que nuestras poblaciones deben conocer y valorar la Historia de las culturas indígenas de América.

forma de vida de sus habitantes que son, al final, quienes construyen una nación [...]” (Salinas, 2018).

Anotaciones sobre el contexto del etnoturismo en Costa Rica: pueblos indígenas y comunidades afrodescendientes

En Costa Rica hay ocho pueblos indígenas asentados en su territorio en zona rural y una comunidad miskita, inmigrante de Nicaragua, que habita una zona periurbana central. Estos pueblos son los cabécares, bribbris, ngäbe-buglé, malecus, bruncas, broran o terbis, huetares y chorotegas e incluimos una minoría de inmigrantes miskitos, que llegaron hace algunos años de Nicaragua. Según el último Censo Nacional, la población indígena representa el 2,42 % de la población total del país (INEC, 2013). Desde finales de los 90, varias familias ngäbe-buglé¹⁵, han emigrado de sus territorios ancestrales, en búsqueda de nuevas fuentes laborales. El caso de los miskitos y los ngäbe-buglé ha sido punto para mayor discriminación, pues además de ser indígenas, se les añade el estigma de migrantes de los países vecinos. Esta visión, avalada por algunos sectores oficialistas que difunden el imaginario popular, atentan contra los derechos de estos pueblos, al no reconocerse su condición binacional.

Estos nueve pueblos, con culturas diferenciadas, corresponden a lo que Ribeiro (1972) denomina “pueblos testimonio”¹⁶, ejemplo de resistencia cultural, tras las vicisitudes sufridas a partir del contacto con los conquistadores europeos, período en que según varios estudiosos (Ferrero

¹⁵ Estas familias proceden tanto de la Comarca Ngäbe Buglé de Panamá como de los territorios de Costa Rica, que desde finales de los 90, ante las condiciones de pobreza estructural, deciden emigrar para trabajar temporalmente en fincas cafetaleras o lecheras del Valle Central, así como en plantaciones bananeras en la zona fronteriza con Bocas del Toro.

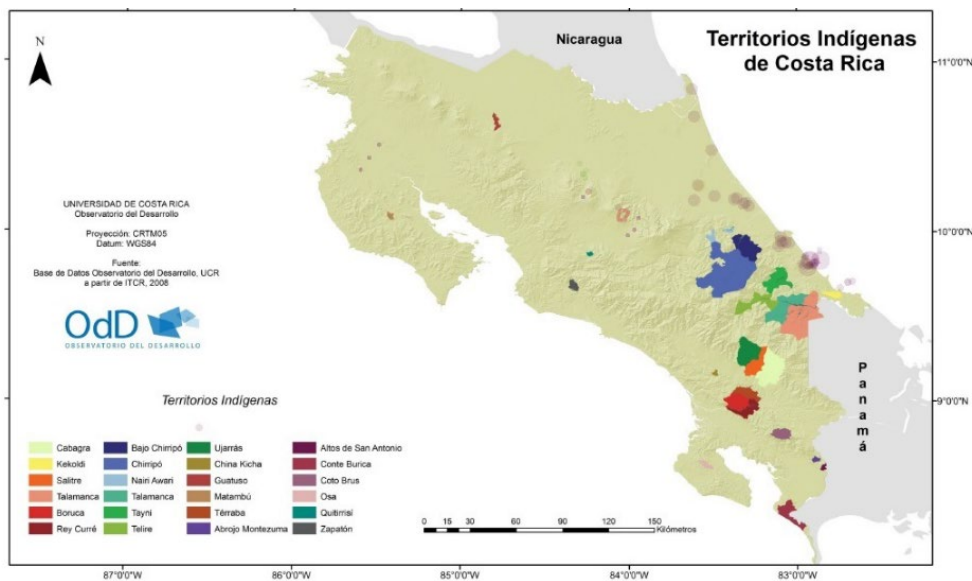
¹⁶ Formados por los remanentes actuales de altas civilizaciones originarias contra las cuales se enfrentó la civilización europea sin lograr, a pesar de todo, asimilarlos en la condición de nuevos implantados suyos.

Acosta, 1985; Lara Pinto, 1996) calculan aproximadamente veinte grupos diferenciados, de tradición mesoamericana y la mayoría de la estirpe chibcha. Sin embargo, las crónicas, registros y otros documentos, a veces no especifican si un nombre se refiere a una etnia o pueblo, un cacicazgo, una lengua, un topónimo, un cacique, por lo que no se puede afirmar el número exacto. Se asientan en 24 territorios establecidos según leyes y decretos del siglo XX, pues la situación de su delimitación es endeble debido a diferentes propuestas (de entidades gubernamentales y las organizaciones indígenas), lo que ha dificultado la unificación y la demarcación de límites.

La situación de conservación o vigencia de sus tradiciones es diferente entre ellos, ya que el contacto con foráneos se dio en distintos momentos. Los pueblos que sufrieron una transculturación más temprana fueron los huetares, que en su mayoría se ubicaban en el centro del país, luego, los bruncas y térrabas, ya que la estrategia de conquista fue del centro hacia la periferia y, desde el siglo XVI, los misioneros franciscanos catequizaron la zona del sureste del país (Barrantes Cartín, 2015). Los conquistadores llegaron a Talamanca en el siglo XVI, pero no fue hasta el siglo XIX que los aguerridos bribris y cabécares bajaron la guardia, aunque todavía se enorgullecen de que nunca han sido conquistados. Los malecus, asentados en el norte, tuvieron contacto más tardío, lo mismo que los ngäbe-buglé, que por su patrón de movilización geográfica a ambos lados de la frontera Costa Rica-Panamá y asentarse en zonas de montañas densas, han logrado menos desplazamiento de sus tradiciones. La lengua y la relación con la tierra son pilares identitarios de estos pueblos y, lamentablemente, aunque el estado de vitalidad difiere (Sánchez Avendaño, 2009) entre las lenguas indígenas, la vulnerabilidad¹⁷ es un denominador común y el sentimiento de la lengua autóctona como referente identitario.

¹⁷ La lengua huetar que funcionó como *lingua franca* durante el período colonial, se dejó de hablar a finales del siglo XVIII, pero su huella está en el vocabulario de habla regional y en la toponimia. La lengua chorotega se perdió en el período finisecular (siglo XIX e inicios del siglo XX). La mayoría de las lenguas

Imagen N° 1: Territorios indígenas de Costa Rica



Elaboración propia en base a Observatorio del Desarrollo de la Universidad de Costa Rica¹⁸

Por otra parte, las comunidades afrodescendientes actuales se originaron con una base genética y cultural de negros, que venían con los conquistadores españoles, y el aporte de migrantes que llegaron en el último tercio del siglo XIX a trabajar en la construcción del ferrocarril al Caribe y, durante muchas décadas, se asentaron en costa caribeña y en la provincia de Limón, donde su presencia es más visible, aunque, en este siglo, ya no constituyen la población mayoritaria. A grandes rasgos comparten patrones

pertenecen a la macrofamilia chibcha (Constenla Umaña, 2011), a excepción del chorotega que es la familia oto-mangue, asociado a culturas mesoamericanas. Las lenguas con mayor vitalidad son el bribri, cabécar, ngäbere, makecu. Para los lingüistas, el resto está en una fase de obsolescencia, pues la lengua española continúa desplazándose sobre las lenguas vernáculas.

¹⁸ Todavía no hay un mapa institucional que incluya la diversidad étnica del país. Por ejemplo, la colonia china llegó a Puntarenas, Pacífico Central, pero se ha extendido a las ciudades cabeceras de provincia y de cantón /municipio.

culturales similares a otras comunidades afrodescendientes del Caribe, su lengua es el inglés criollo limonense, pertenecen a iglesias protestantes y poseen un rico legado de tradiciones orales transmitidas en la cocina, música, danza, saberes medicinales, entre otras.

Recuento del turismo étnico en Costa Rica¹⁹

Para abordar este tipo de turismo, también conocido como “etnoturismo”, “turismo indígena” o “turismo aborigen”, se remite a algunos de sus componentes.

Si bien no hay consenso en la definición de turismo étnico y sus consecuencias, muchas personas utilizan el apelativo etnoturismo, aunque desconozcan el prefijo “etno”, y se lo asocia al exotismo y a tradiciones culturales ajenas a la cultura de procedencia del turista. Algunas personas lo incluyen como parte del turismo cultural, otras del turismo ambiental o del rural; otras lo restringen al turismo como la experiencia al visitar comunidades indígenas, algunos se enfocan en la gente, mientras otros en ver y adquirir objetos, raros o diferentes²⁰.

Además, a causa de la idea que tienen algunos estudiosos de esta actividad, en cuanto al fuerte nexo de las etnias con lo ambiental (como lugares-destino o pueblos con cultura diferenciada), algunos se refieren al “etno-ecoturismo” (Chang Vargas, 2023). La línea predominante en las concepciones del etnoturismo ha sido asociarlo con el exotismo de la otredad, o a lo nativo

¹⁹ En las grandes ciudades llegan inmigrantes de etnias de un estado nación, que proceden de zonas alejadas y llegan a la ciudad para dejar sus productos en tiendas comerciales urbanas. En América Latina, España y otros países europeos y, recientemente Japón, hay migrantes otavalo del Ecuador, que venden artesanías como ejemplo de arte étnico.

²⁰ En Costa Rica, se aplica el término etnoturismo, pues, aunque hay un predominio de turistas que van a comunidades indígenas, muchos que van al Caribe solo a disfrutar de sus playas, sol y arena, también ven y escuchan la oferta gastronómica o musical de la población afrodescendiente. Por ejemplo, el Carnaval de Limón, que se realiza el 12 de octubre para celebrar el “Día de las Culturas”, es una muestra de diversidad, con las comparsas de jóvenes afro, la danza del dragón o los leones de la colonia china, la danza del vientre por bailarina de origen árabe y carrozas de indígenas con sus artesanías tradicionales.

como objeto de curiosidad turistizado. Por tanto, se prefiere usar el término “etnoturismo”, para hacer referencia a un tipo de turismo cuya oferta se basa en que los sentidos de los visitantes se orienten hacia algunas expresiones culturales (lengua, música, danza, rituales festivos, plantas medicinales, caminatas por la selva, entre otros) de una comunidad ajena a la cultura de procedencia del turista

En el acápite anterior, se hizo referencia a la paradoja de la agencia de las políticas migratorias y educativas del período republicano, por imponer una imagen de Costa Rica, como ejemplo de homogeneidad cultural, lastre que todavía se arrastra, a pesar del nuevo y reciente discurso oficial que reconoce la condición multiétnica del país. Sin embargo, desde mediados de la década de los 90, el turismo se perfiló como la fuente de divisas de la nación, lo que llevó a la diversificación del turismo, que se dio desde inicios del siglo XXI, y con ella, la demanda de alternativas para disfrutar más allá de la naturaleza, pues las empresas dieron un viraje y complacencia hacia escenas con

demonstraciones, imágenes que muestran al turista junto o abrazado al nativo, la misma persona en pose ante las pirámides, un cañón o un castillo, cuando no ataviada con las mejores galas indígenas supuestamente participando de un ritual o una tarea productiva. (Santana, 2003a, p. 7).

Ya pasó aquel tiempo de invisibilización de “el otro no occidental” y hoy se promueve el etno-turismo como atractivo.

El etnoturismo presenta algunas coincidencias con el llamado Turismo Rural Comunitario (TRC), que se configura con las “experiencias turísticas planificadas e integradas sosteniblemente en el medio rural y desarrolladas por los pobladores locales, organizados para el beneficio de la comunidad” (Cardín Pedrosa y Álvarez López, 2007, p. 1661) y se basa en los recursos naturales y culturales autóctonos. Su afán es la generación de ingresos a través de microempresas, como una alternativa que permite generar empleo, a partir de la organización de algunas familias que empoderan a las comunidades rurales, por las ventajas económicas, de conservación

ambiental y reconocimiento de su patrimonio cultural, ya que abre oportunidades para desarrollar actividades en las que participan jóvenes, adultos y personas mayores, lo que favorece el arraigo a la comunidad y fortalece la cohesión social. En Costa Rica, el antecedente del TRC es el turismo rural y se ubica en 1992²¹, cuando un grupo de cooperativas de autogestión plantearon realizar “actividades productivas en sus parcelas e incursionar en el ecoturismo, actividad que, en ese momento, comenzaba en el país” (Cardín Pedrosa y Álvarez López, 2007, p. 1661).

A escala global, hay diferencias en el etnoturismo, ya que la singularidad de este último es la visita a comunidades no occidentales, cuya composición étnica predominante es variable según el destino, pero en general se trata de la población autóctona a la que se suman migraciones posteriores que se apropiaron de un nuevo espacio natural y cultura.

En las grandes urbes, algunos lo reducen a mercados, bazares o museos, donde se exhiben y venden artesanías, instrumentos musicales, muestras de la cocina tradicional empacada, inciensos y aceites esenciales terapéuticos y otros productos afines. En Costa Rica, como en otros países del continente, las poblaciones indígenas se asientan en sus territorios originarios o en lo que Aguirre Beltrán (1967) denominó “regiones de refugio”, los cuales han recibido distintos nombres²², según el marco legal de cada país. No fue sino hasta en el período republicano, en la segunda mitad del XIX, que llegaron las primeras personas foráneas²³ (como Monseñor B. Thiel, William Gabb,

²¹ Según Cardín Pedrosa y Álvarez López (2007) fue cuando dirigentes de la Comisión Permanente de Cooperativas de Autogestión (CPCA), fueron advertidos por el Instituto de Desarrollo Agrario (IDA) sobre la necesidad de que se reactivaran las actividades productivas sostenibles en las tierras ocupadas por las cooperativas de autogestión o trabajo asociado.

²² En Costa Rica: reservas, y con la aplicación del Convenio 169 de la OIT, se denominan territorios; en Panamá: comarcas; en Nicaragua: región autónoma norte y sur; en Colombia; resguardos.

²³ A través de diferentes libros, se registra la llegada de foráneos, por ejemplo, en Peralta y Alfaro (1893), y Herrera Sotillo (2009), queda asentado que el Monseñor Thiel legó informes pastorales y escritos sobre lengua y culturas indígenas. En el libro de Quesada Pacheco (2001), se compilan y traducen relatos de viaje de varios investigadores extranjeros que visitaron comunidades indígenas, ya sea para registros

Henri Pittier, Walter Lehmann, entre otros) sobre todo misioneros, viajeros y científicos extranjeros y pocos nacionales (Anastasio Alfaro, Amando Céspedes) vinculados a universidades o museos para estudios geológicos, botánicos, zoológicos, arqueológicos, etnológicos. En el siglo XX, son reconocidos los aportes etnológicos de las antropólogas²⁴ Doris Z. Stone (en las décadas del 40 y 50) y María Eugenia Bozzoli Vargas (desde 1959), primera antropóloga costarricense y fundadora de la disciplina en el país.

Sin embargo, no fue sino hasta finales de la década de los 70, en el caribe sur, y hasta mediados de la década de los 80²⁵, en pueblos indígenas, que llegan los primeros “turistas”, definidos como personas que se desplazan a destinos que no son su lugar de residencia o trabajo (Urry, 2004, p. 7). Al inicio, el móvil de la visita fue algo casual, como algún incipiente guía –en busca de atractivos ecológicos, como las playas de Cahuita y lo que hoy llaman turismo verde– que fortuitamente pasa por alguna comunidad indígena asentada en el bosque tropical, así empiezo el contacto para futuras visitas. Con base en anotaciones de trabajo de campo en distintas regiones del país, considero que la elaboración de artesanías ha sido un motor que contribuyó a dar un impulso inicial y el camino seguido hacia el desarrollo actual de este quehacer en las comunidades indígenas costarricenses. Poco a poco, algunas personas llevaron sus productos a las carreteras y se fueron gestando paradas en el camino, que luego se convirtieron en visitas a las comunidades.

léxicos, botánicos, etnológicos y adquisición de artefactos que se hallan en colecciones de reserva de museos de Estados Unidos, Alemania, Suecia.

²⁴ Mencionamos las publicaciones sobre esas décadas: Stone, D. (1949). *The boruca of Costa Rica*. Peabody Museum Press y Stone, D. (1961). *Las tribus talamancañas de Costa Rica*. Museo Nacional de Costa Rica; Bozzoli, M. E. (1975). *Localidades indígenas costarricenses*. EDUCA, Centroamérica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio.

²⁵ No obstante, en localidades como Curré, ubicada sobre la carretera interamericana, donde pasan vehículos de la ruta sur, exhibía sus productos agrícolas y artesanales para la venta. Algo similar pasó en Quitirrisí, carretera a Puriscal.

En Costa Rica, la oferta formal y organizada de etnoturismo se inició con proyectos aislados en el primer lustro del siglo XXI y se fortaleció con dos redes de turismo rural comunitario, que se crearon en el 2008-09, pues reúne la mezcla ambiente y cultura y en varios casos podría considerarse un turismo alternativo. Este tipo de turismo es una de las cascadas de novedades que surgen desde la última década del XX y que, como apunta Santana Talavera (2003a, p.34), “son propiciados en su conjunto por las nuevas condiciones y exigencias del mercado, esto es, competitividad, flexibilidad y segmentación”.

Se comparte con el autor Santana Talavera (2003a) el reto que se enfrenta en antropología al estudiar este tipo de turismo, pues sus múltiples definiciones apuestan por él como la mejor opción, ya que reúne una serie de calificativos que se podría decir son “políticamente correctos”, pero entre el decir y el hacer, a menudo no hay coincidencias. Más allá de la oferta que llama a disfrutar la experiencia, hay que atender si hay certeza de que se trata de un turismo consecuente con los valores naturales, sociales y comunitarios. No toda oferta de etnoturismo es una alternativa, pues no siempre se basa en valores a favor de la identidad cultural de la comunidad que recibe turistas, por lo que con frecuencia el apelativo es un señuelo para “atrapar turistas”, como diría Asa Berger (Chang Vargas, 2013) respecto de algunos casos de turismo en territorios indígenas de Costa Rica que ilustran la metáfora de la trampa (Chang Vargas, 2014a).

Para los turistólogos, la gestión del destino es algo crucial y en su planificación hay que lidiar con fronteras administrativas y políticas. Entonces, “un destino turístico se puede entender como un territorio cuyas características, percibidas por el turista, justifican la unidad de su imagen y que tiene fuerza para atraer flujos de visitantes” (Vignati Scarpatti, 2009, p. 109). Para la antropología del turismo, es fundamental conocer los comportamientos de las personas turistas y no calificar a todos como iguales, ya que hay diferencias profundas entre las tipologías de los mismos, las que,

según Hiernaux (2002, p. 20) “remiten a un sentido muy distinto de apreciación del acto turístico, como resultante de su valoración a partir de los idearios como el descubrimiento del otro, a los cuales está acostumbrada la sociedad emisora de turistas”. Este descubrir el otro, aclara este investigador,

no debe ser interpretado como un viaje etnográfico en la fuente del relato. En el caso del turismo, se ha matizado y filtrado por la intervención de los agentes turísticos que delimitan, a través de la oferta selectiva, lo que puede ser visto y lo que es preferible esconder (Hiernaux, 2002, p. 22).

Por lo tanto, el acto turístico puede apreciarse con otro sentido, al articularse con las tipologías de turismo y de turistas, lo que permite explicar el rol del patrimonio cultural de un pueblo indígena en la oferta de un destino. Sin embargo, no todo destino turístico tiene como foco de interés este tipo particular de turismo, llamado cultural. En este punto, nos referimos al aporte de Prats (1997, p. 42), quien distingue una triple casuística del patrimonio cultural como recurso turístico²⁶: el primer caso, cuando el patrimonio es el eje del viaje, se visita una comunidad indígena donde se miran y disfrutan una variedad de expresiones de valor patrimonial. Esta situación coincide con alcanzar el ideario turístico del encuentro con la otredad. Otro caso es cuando algún elemento del patrimonio cultural indígena es parte del “paquete” de una agencia de turismo, en que el ideario que mueve es el regreso a la naturaleza y se logra tangencialmente en una actividad de ecoturismo que se practica en observación de fauna y flora en un taller sobre conservación ambiental guiado por un miembro de la comunidad indígena. Un último caso se observa cuando el componente

²⁶ Los otros casos son cuando el patrimonio indígena está asociado a un producto turístico integrado, como ir a visitar parques nacionales para observar cataratas y volcanes, luego se pasa a un taller donde muestran la confección de artesanías tradicionales de un pueblo. Un tercer caso es cuando el patrimonio es un valor añadido para destinos turísticos que no tienen el patrimonio como principal atractivo, como ir a un congreso y durante el receso de comida, el escenario lo ocupa alguna expresión o representación de un pueblo indígena.

étnico se presenta matizado en la gastronomía, la música o la danza, entre las expresiones más comunes para ofrecer algo diferente al turista.

¿Cuáles ámbitos del Patrimonio Cultural Indígena [PCI] y afrocostarricense son un atractivo turístico?

El hecho de que todo pueblo tuvo o tiene patrimonio cultural inmaterial, es algo inherente a la historia de la humanidad, pues, así como no hay sociedad sin cultura, esta pasa a ser decantada, gracias a un proceso de selección y jerarquización que hace un grupo o comunidad, el cual prioriza –del gran texto que es la cultura– algunos elementos que considera propios y que comparte con un colectivo, que también los concibe como un referente identitario. Sin embargo, como apunta Donaire (2012, p. 230), la irrupción del patrimonio inmaterial en el turismo es algo relativamente reciente, pues la eclosión internacional se incrementó a partir de la aprobación de la Convención para la Salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura [UNESCO], 2003), que en su artículo 2° estipula que este se compone de:

los usos, representaciones, expresiones, conocimientos y técnicas -junto con los instrumentos, objetos, artefactos y espacios culturales que les son inherentes- que las comunidades, los grupos y en algunos casos los individuos reconozcan como parte integrante de su patrimonio cultural.

Seguidamente, enuncia los atributos distintivos, que a su vez contribuyen a su salvaguardia, al convenir que el PCI:

se transmite de generación en generación, es recreado constantemente por las comunidades y grupos en función de su entorno, su interacción con la naturaleza y su historia, infundiéndoles un sentimiento de identidad y continuidad y contribuyendo así a promover el respeto de la diversidad cultural y la creatividad humana (UNESCO, 2003).

Antes de esta Convención predominaba la noción de folklore, para referirse al estudio de las tradiciones populares. Casi toda clasificación tiene alguna objeción y la misma se aplica a la Convención del 2003, que en el PCI reconoce cinco ámbitos, cuyos componentes tienen alguna semejanza con las concepciones de folklore de los siglos XIX y XX. Estos son: “a) tradiciones y expresiones orales, incluido el idioma como vehículo del patrimonio cultural inmaterial; b) artes del espectáculo; c) usos sociales, rituales y actos festivos; d) conocimientos y usos relacionados con la naturaleza y el universo; e) técnicas artesanales tradicionales” (UNESCO, 2003).

Es necesario explicitar que la visión folclorista tiende a ser a-histórica, al enfocarse en un objeto tradicional, mientras que el PCI enfatiza el contexto y el rol de hombres y mujeres de distintos sectores sociales en el proceso de patrimonialización. Donaire (2012, p. 237) halla la conexión entre la concepción clásica del folklore y los componentes del PCI:

la búsqueda de los fósiles culturales que se han mantenido inmunes a los procesos de la modernidad, Y es esta concepción sobresalen dos grandes grupos, las sociedades rurales y los grupos étnicos, más o menos aislados.

En este artículo nuestro foco es aportar más reflexiones y experiencias en torno al etnoturismo, por lo que seguidamente, se retoman los ámbitos del PCI que son utilizados como atractivos turísticos y son incluidos en la oferta de empresas operadoras de turismo, de cámaras regionales y hasta de grupos de las mismas comunidades portadoras. No obstante, la estrategia utilizada varía entre comunidades o grupos de una misma etnia, por lo que las apreciaciones son de carácter general. A continuación, se mencionan algunos de ellos:

- Tradiciones y expresiones orales, incluido el idioma como vehículo del patrimonio cultural inmaterial. El lenguaje tiene una doble valencia, pues, una lengua en sí misma es el medio de comunicar conocimientos, saberes, destrezas, técnicas, valores, creencias, y a la vez, es una expresión universal de la cultura. La lengua materna se

valora como una herencia y es motivo de orgullo e identidad para unos, mientras es causa de discriminación para otros, que optan por evitar hablarla fuera del espacio familiar. Brunca es una lengua indígena que los lingüistas ubican entre las de alto grado de vulnerabilidad, sin embargo, es un bien cultural apreciado como tal en Boruca y Yimba-Curré, donde al aplicar la técnica de grupo focal, hubo acuerdo en considerar que los tres principales componentes de su PCI son la lengua, el juego de los Diablitos y las artesanías (Chang Vargas, 2023). Algo similar es el caso de muchas personas de comunidades talamanqueñas, cuando expresan orgullo, se evidencia que la mayoría de los topónimos asociados a ese espacio están en su idioma bribri y cabécar.

Aunque la lengua es un factor esencial en la identidad de un pueblo, ha sido utilizada como complemento de recurso del turismo en artesanías tradicionales, como, por ejemplo, pintar o grabar en jícaras o guacales, tambores, maracas, bolsos, el nombre de elementos de la flora y la fauna local, que decoran el artefacto. Otro caso usado, tanto en comunidades en estado de vitalidad y otras de obsolescencia de su lengua vernácula, es llevar a un grupo de turistas a una caminata por senderos en la montaña y decir los nombres de las plantas en la lengua indígena, para que los turistas lo repitan.

La gastronomía es un rico elemento del PCI afrodescendiente y es un orgullo mantener la denominación de comidas y bebidas en inglés criollo limonense, variedad de lengua creole de base inglesa, que se habla en la provincia de Limón.

Entre las comidas típicas del Caribe están el *fish'n scotvich*, los *plantitá*, el *rondón*, el *pan bon*, el *calalú*.

Las tradiciones orales son un campo de variedad y riqueza del PCI, cifrado en sus historias de origen o mitos, leyendas, proverbios. Lamentablemente, en el siglo XXI, ha habido una pérdida casi generalizada, que se observa en el

desuso de prácticas cotidianas que permitían su salvaguardia. Este tema fue el foco de varios proyectos gestados por antropólogos y lingüistas²⁷, que se publicaron y tradujeron al español una variedad de tradiciones orales. En un paquete que ofrecían a turistas en el año 2010, en Boruca, muchos relatos e historias orales (incluidos en el libro bilingüe brunca-español “Leyendas y tradiciones borucas” de Santo Maroto, E., Constenla Umaña, A. y Leiva, P. M. (2011)), eran leídos y a veces narrados durante una cena a la luz de luna. Se pretendía recrear prácticas de tiempos pretéritos cuando en tertulias nocturnas, una persona mayor transmitía este tipo de relatos de memoria.

En la comunidad afrodescendiente todavía circulan los cuentos del Hermano Araña o Anansy Stories, cuyo protagonista comparte sus hazañas con Bredda Tiga, Tacuma y otros animales de la selva. Estos relatos de origen africano, en el siglo XXI tuvieron sus altibajos y su transmisión ha estado en riesgo, a pesar de varias recopilaciones agenciadas por entidades educativo-culturales locales o foráneas. Este elemento de valor patrimonial no había sido atractivo turístico, pero, con la gestión cultural del Festival Flores de la Diáspora Africana²⁸, al que asisten los turistas nacionales y extranjeros, ha sido un espacio para invitar a contadores de historias de otros países del Caribe y esto ha contribuido a la revitalización de este elemento en la comunidad afrodescendiente en Limón y otros lugares del país.

- **Artes del espectáculo.** La música, danza y teatro son expresiones artísticas de este ámbito. En todos los pueblos, el conjunto de estas

²⁷ En la Universidad de Costa Rica [UCR] se llevaron a cabo varias acciones pioneras en la década de los 70. La Dra. Ma Eugenia Bozzoli coordinó durante varios años un proyecto denominado “Tradición Oral Indígena”, que publicó 17 folletos recopilados o narrados por miembros de comunidades talamancañas. El lingüista Adolfo Constenla, con Espíritu Santo Maroto, reconocido miembro de Boruca, registraron y tradujeron varios textos orales en lengua brunca. Enrique Margery, junto con Francisco Rodríguez, recopilaron narraciones en buglere o guaymí sabanero. Desde entonces su labor la continuaron en cogestión universidad-comunidad, hasta la gestión del maestro indígena Javier Montezuma por registrar tradiciones ngäbere.

²⁸ La gestora cultural afrocostarricense Carol Britton inició su organización en 1998, en el ámbito de la celebración del 30 de agosto, Día del Negro, luego llamado Día de la Persona y Cultura Afrodescendiente.

tres expresiones, acompañadas de instrumentos como los tambores, ocarinas, maracas, pitos, se presentan en rituales festivos después de terminar un trabajo colectivo o en una chichada. Sin embargo, este ámbito ha sido objeto de la turistización, que amerita el control de la comunidad indígena, pues el paso o tránsito de ver a imitar la ejecución artística por parte de las personas ajenas o turistas, conduce a volverlo un “espectáculo”. Se critica término espectáculo en la Convención, pues eso avala acciones de exhibición; de representación, y eso es un portillo para trasformar en una función pública, una actividad de la vida familiar o comunitaria. Es el caso de prácticas tradicionales para prevenir o curar enfermedades, en que los ritos chamánicos se han mercantilizado, para presentarlas como un “show” al turista, como lo dicen algunos miembros de la comunidad huetar Quitirrisí, disconformes con la oferta de medicina tradicional de una familia local. Se aplica la metáfora de Asa Berger (citado en Chang Vargas, 2023, p. 414) de la “trampa del turismo”, que también podría concebirse como un espacio de simulación “de confusión de lo real y el modelo”. Este ámbito se ha ampliado a lo que Garzón²⁹ denomina narración oral escénica, en que una persona con la habilidad para ser “cuenta-cuentos”, recibe a un grupo de turistas³⁰ o estudiantes universitarios, con una narración dizque de origen mitológico, cuando se trata de un relato inventado para atraer más miradas.

En las comunidades afrodescendientes, la música, desde escuchar un tradicional calypso o bailar al ritmo del reggae, así como la observación de

²⁹ Francisco Garzón Céspedes, español-cubano que, en los 80 y 90, innovó el arte de contar cuentos con su metodología y talleres de narración oral escénica en varios países Latinoamericanos, como estrategia de animación cultural en las comunidades, **no** para fines turísticos.

³⁰ Una vez, la autora llevó a un grupo de estudiantes universitarios a una comunidad indígena y coincidió justo con la llegada de un bus de turismo. Nos pasaron al mismo salón a “ver el espectáculo”, pero no un bien patrimonial.

las comparsas en el Carnaval de Limón en octubre, han sido expresiones emblemáticas del Caribe costarricense, que desde hace algunos años se amplió de un carnaval afro, a uno de la diversidad cultural, pues incluía la participación de los pueblos indígenas y las danzas de la colonia China de Limón³¹.

- **Usos sociales**, rituales y actos festivos. La celebración indígena más conocida y vista por los turistas es el juego o danza de los diablitos³², ritual de origen colonial que representa la lucha de los indígenas (que portan máscaras de madera con cuernos, símbolo de diablitos) contra los conquistadores españoles. Este festejo, que dura tres días, se celebra desde 1980, del 30 de diciembre al 2 de enero, en Boruca, y a finales de enero en Curré/Yimba, poblado brunca fundado a principios del siglo XX. La autora de este artículo, la primera vez que estuvo en esa fiesta, fue en Boruca, en 1983, y solo habían cuatro personas no indígenas. El “juego” era algo de la comunidad, en la que mientras los diablitos recorrían las calles de la comunidad, los vecinos convidaban con bebida de chicha de maíz y tamales al Diablo Mayor, que guiaba al grupo de diablitos, los músicos y acompañantes de la comunidad, hasta terminar con el triunfo de los diablitos sobre el toro (símbolo del conquistador). Desde finales de los 80, con el auge del turismo, se ha incrementado el rol de esa “fiesta” como un atractivo turístico, en que se observan diferentes fases del espectáculo (Lázaro Ortiz, 2018): desde que nacen los diablitos, aparece el toro y luchan contra él, este los tumba y huye, los diablitos vuelven a la vida y buscan al toro en el monte, lo persiguen hasta

³¹ Sin embargo, desde octubre 2019, por desacuerdos municipales y luego con la pandemia, ha habido problemas en su organización.

³² Declarada por la Comisión Nacional de Patrimonio Cultural Inmaterial como PCI de las comunidades de los territorios indígenas Boruca y Curré. Decreto N° 40766-C La Gaceta N° 237, jueves 14 de diciembre del 2017.

capturarlo y matarlo, y finalmente celebrar el triunfo de los diablitos. Durante los tres días hay venta de comidas y bebidas para los turistas, que entran y salen o acampan en el lugar. Cada año se observa más la mercantilización de la celebración; la publicidad en la prensa escrita, TV y en las redes sociales de internet. Sin embargo, hay diferencias en el festejo entre ambos poblados vecinos. La representación del Juego de los Diablitos en algún evento público, en otra fecha del año, dentro o fuera de la comunidad, denota un cambio de sentido. La organización del festejo tiene diferencias entre Boruca y Curré, tanto en el tipo de máscaras que se permiten, el uso inmediato-posterior, entre otras limitaciones. La recuperación del significado profundo del juego, lo hemos observado en Yimba-Curré, en algún foro de reflexión ante los enfrentamientos del año con proyectos foráneos.

En Boruca hay una celebración no tan fastuosa, pero de conmemoración histórica: la fiesta de los negritos, recuerda la memoria colectiva del paso de los primeros afrodescendientes, cuando durante la colonia, por el camino de mulas, recorrían de Cartago a Panamá. Sin embargo, esta celebración no ha sido incluida dentro de ningún “paquete” y, aunque se ha debilitado por la enfermedad o fallecimiento de algún integrante, ha mantenido su sentido en algunas familias como parte de su PCI vivo.

En Térraba, otro territorio indígena del sureste, en la última semana de diciembre se realiza la fiesta encabezada por enmascarados de Toro y Mula, en la que personajes con máscaras de animales, al son de pitos y tambores, recorren la comunidad de Térraba. En el poblado hay tres o cuatro empresas familiares que ofrecen servicios al turismo e incluyen este recorrido en su oferta.

Al norte del país, cerca de la frontera con Nicaragua, está el territorio malecu. En la década de los 70, en Tonjibe, uno de los tres palenques o poblados actuales de ese territorio, se creó un grupo de teatro integrado por jóvenes.

Con la guía de un maestro local, aprendieron técnicas para el manejo corporal y de la voz. Ataviados con taparrabo y adornos de plumas, se presentaban en la comunidad y en el Museo Juan Santamaría de la ciudad de Alajuela, en centro del país, y luego, en los 80, en un festival en el Mall de esa ciudad. Los parlamentos de historias de tradición oral y otros relatos innovadores, se comunicaban en su idioma malecu. Con cambios por la muerte o retiro de algunos integrantes, el grupo decayó, pero en el 2003, en Palenque El Sol, nació el Grupo de Teatro Maleku Toji, por iniciativa de David Elizondo Marín. Su objetivo era preservar su identidad al presentarse en centros educativos y otros espacios, que también son de interés para el etnoturismo.

- **Conocimientos y usos relacionados con la naturaleza y el universo.**

La naturaleza y el universo son elementos sustantivos de la cultura, pues la interacción del ser humano con ellos ha devenido en un acervo de conocimientos tradicionales. Son la base para interpretar y aprovechar de manera sostenible, los recursos que se manifiestan en productos basados en la herbolaria, usados para elaborar ungüentos, jabones, shampoo, jarabes; repelentes de mosquitos, adornos y una variedad de alimentos elaborados con productos oriundos del entorno. Detrás de estos, hay valores, creencias y técnicas que los sustentan, y la guía que permite seleccionar algunas materias y elaborar productos culturales compartidos (carne ahumada, chichas con fermento de maíz, plátano, pejibaye) o particulares a cada comunidad (tamales de arroz entre los bruncas)

La gastronomía es un espacio para fortalecer el patrimonio cultural de un pueblo, pues los alimentos no solo sirven para satisfacer el hambre y el gusto, sino que denotan costumbres y saberes tradicionales de un lugar. Asimismo, son un recurso cultural que seduce y encanta al turismo, pues las particularidades de las cocinas regionales son un atractivo para aquellos que buscan otros sabores, ingredientes, maneras y ocasiones para preparar,

servir y comer los alimentos. Los pueblos indígenas han tenido mayor contacto directo con la naturaleza y saben en qué puntos de la selva, el bosque y la montaña proveerse de lo necesario.

Sin embargo, un turismo mal enfocado, es decir, orientado a la ganancia, tendrá efectos negativos, pues se convierte en una amenaza para la soberanía alimentaria y permitirá abrir portillos para la apropiación de la propiedad intelectual de los conocimientos tradicionales indígenas, por parte de industrias de alimentos, emporios farmacéuticos o musicales.

- **Técnicas artesanales.** Este ámbito es un atractivo fundamental para el turismo y, en América Latina, se ha traducido en altos porcentajes de ingresos al PIB y una fuente de ingresos familiares. Todos los pueblos del país venden artesanías, destacándose la cerámica³³ chorotega; la cestería huetar; los tejidos de algodón y pabito en telar de cintura, las jícaras labradas y las máscaras talladas de los brunca; los bolsos o chácaras de fibras naturales tejidos a mano, los sombreros, así como ropa y manteles decorados con pintas, que identifican a los ngäbe-buglé; las canastas, jícaras, arcos y flechas y jícaras de los bribris y cabécares.

El valor de las artesanías producidas en los pueblos indígenas es inconmensurable, pues nos remite a elementos materiales como las materias primas y a una serie de conocimientos intangibles que hay detrás de cada objeto, por más pequeño o nimio que parezca, es necesario iniciarse en su estudio, para comprender la profundidad de saberes, los sentidos y simbolismos que reúnen estos artefactos en las vivencias cotidianas de un pueblo.

³³ Declarada por la Comisión Nacional de Patrimonio Cultural Inmaterial como PCI de la península de Nicoya. Decreto Ejecutivo N°C-, 2012.

La artesanía como foco del turismo se promovió desde mediados de los 70 en la ciudad de San José, por iniciativas de la Oficina de Planificación del Ministerio de Planificación Nacional y Política Económica (MIDEPLAN), la Universidad de Costa Rica (UCR), la Asociación de Desarrollo de la Artesanía (ANDA) y, a partir de los 80, con la participación de la Asociación Indígena, primera organización integrada por indígenas de distintas “reservas”, como se denominaban entonces. Subrayó que, en esos años, el turismo no era palabra clave, pues la intención explícita era la promoción cultural y económica, mediante exhibiciones en museos o salas y la venta en ferias y algunas galerías. Sin embargo, décadas después, se observa el papel de las artesanías en el fomento del turismo local o comunitario.

En el caso brasileño, el antropólogo Grünewald (2009, p. 103-104), señala que el turismo, en los 70, fue una estrategia de reproducción social, al ser una alternativa económica para los miembros de sociedades indígenas. Aspelin (1977), se refirió a la venta de artesanías del Mato Grosso como un “turismo indirecto”, pues fue una forma de contacto interétnico del turismo, en que piezas artesanales eran adquiridas por misioneros, antropólogos y personal del órgano indigenista, quienes revendían las artesanías a los turistas de Rio de Janeiro o de Brasilia.

La venta de artesanías ha sido el foco en la mayoría de las comunidades indígenas de Costa Rica. La milenaria tradición alfarera chorotega fue continuada por poblados de la península de Nicoya (Guanacaste); la variada cestería huetar se vende en Quitirrisi, en la carretera de Puriscal; las variada artesanía brunca se vende en Curré-Yimba, sobre la carretera interamericana o en Boruca; los bribris de Talamanca, los malecu de la zona norte, los ngöbe-buglé, aunque se ubican en zonas de difícil acceso, también venden artesanías. Sin embargo, además de misioneros que fueron pioneros en casi todos los territorios, algunos miembros de comunidades indígenas reconocen que fueron los antropólogos los que abrieron la puerta, pues al volver a la universidad en la ciudad, contaban lo que vieron.

Efectos del turismo y Covid-19 en el patrimonio de las comunidades étnicas

Antes de la crisis ocasionada por la emergencia sanitaria mundial con el Covid-19, el turismo tuvo un alto grado de incidencia en las prácticas económicas y culturales. Es apreciable en sus procesos migratorios estacionales de indígenas al Valle Central para las cosechas de café; en la organización del trabajo, pues algunos miembros de la familia quedaron sin tareas ante el cierre de fronteras y el control de zonas en alerta anaranjada; en el uso y revalorización de sus recursos naturales, donde se está dando una reactivación o revitalización de los conocimientos ancestrales, cuya eficacia había sido comprobada. Es el caso de valorar la etnobotánica y las prácticas de herbolaria para la salud y la alimentación diaria.

En el 2020, el turismo es uno de los sectores más afectados por la pandemia, han cerrado muchas empresas (sodas, restaurantes, albergues y hoteles, transporte, librería, entre otras) de todo tamaño y otras, se mantienen con reservas. Los pueblos indígenas de Costa Rica, hasta los 80, eran autosuficientes y se abastecían de recolección y agricultura, pero con los desaciertos de los planes neoliberales y económicos de la época, en la actualidad deben comprar algunos alimentos en los comercios de las ciudades, lo que no solo afecta en su nutrición e ingresos familiares, sino en desplazar su PCI por productos comerciales ajenos a sus prácticas culturales. Tanto las comunidades, con una dependencia casi del 100 % del turismo, como otras que combinaron esa actividad con la agricultura, están en una crisis económica.

En los ejemplos anteriores, se aplica lo señalado por Oehmichen (2020, p. 152-153), sobre como “mostrar los símbolos de identidad étnica con el fin de atraer a los turistas, forma parte de una economía de la identidad [...] que se sustenta en la cultura y el modo de vida de los pueblos originarios”. Bajo el manto de promover la identidad, lema utilizado por actores sociales con intereses diferentes, se facilita la apropiación de elementos del patrimonio

por una gama de intermediarios y sus alianzas con miembros de las comunidades portadoras de PCI, que pasan ser un número más en la lista de proveedores.

El turismo étnico, como modalidad del turismo cultural, en palabras de Donaire (2012), refuerza la idea de narrativas fragmentadas o de un collage de miradas y aunque en algunos casos haya intentos de ruptura con la interpretación del patrimonio según la mirada de los intermediarios, todavía no hay desarrollo de capacidades para auto controlar desde las comunidades étnicas, qué se debe quitar o añadir de la mirada de la otredad turística.

Conclusiones

En el turismo, la mirada se enfoca en la cotidianidad del otro, que, en el caso del etnoturismo, conformado por atractivos de comunidades no occidentales, resulta exótica para el grupo visitante. Esta mirada está condicionada por varios factores tales como el tipo de turista³⁴, el destino turístico³⁵ y el uso del patrimonio cultural indígena³⁶, según decisiones de la comunidad receptora de turistas, el cual puede presentarse como meta de un destino o solo parte del paquete turístico. En la mayoría de las

³⁴ La OMS señala una variedad de tipos de turismo, los que a su vez permiten distinguir tipos de personas turistas. En una misma excursión pueden coincidir turistas de distinto grupo etario, ocupacional, religioso, rural o urbano (por mencionar algunos) y aunque sean de la misma nacionalidad la mirada será divergente entre adolescentes, profesionales liberales, etc.

³⁵ Un destino está influido por distintos agentes externos e internos. En el caso de la agencia de la comunidad receptora, esta tiene una imagen, una identidad e intereses particulares, lo que influye de manera diferente en su competitividad en el mercado.

³⁶ Por ejemplo, el pueblo brunca habita en dos territorios o “reservas”, hay fuertes lazos de parentesco por consanguinidad y por afinidad entre ambos. Sin embargo, hay organizaciones comunales que atienden el tema patrimonio y turismo, cultura y turismo, arte y turismo, con objetivos diferentes hacia el control de los bienes de su patrimonio: en Boruca hay una tendencia a turistizar la fiesta de Diablitos, en Curré ponen normas sobre el uso de las máscaras. El pueblo bribri, el ngäbe-buglé, tienen tradiciones orales que son solo para sí, se transmiten de mayores a jóvenes, aunque en el mismo territorio hay poblados que ya no hablan su lengua y comparten sus historias míticas con todo el fuereño que llegue.

comunidades indígenas, la oferta turística se concreta ya sea por negociación entre el grupo de turistas y los intermediarios del turismo, o por autogestión de jóvenes con propuestas que mezclan la mirada hacia la naturaleza, con algunos elementos de la cotidianidad. Cuando los intermediarios tienen el poder, las comunidades deben emitir una llamada de alerta entre ellas y fortalecer su capacidad de negociación, con base en controles comunitarios que se unan en oponerse a intervenciones con intereses mercantiles.

Lo apuntado en el párrafo anterior debe ser la pauta para toda comunidad o región que sea destino turístico, no solo en lo étnico, sino en cualquier aspecto, pues es indudable reconocer el aporte del desarrollo turístico en el PIB, como fuente de trabajo, de ingresos a la familia y, en ocasiones, como medio para dar a conocer el patrimonio cultural y natural de una región o país. No obstante, existe desacuerdo ante cualquier actividad turística que facilite o promueva la comercialización del turismo étnico, pues las tradiciones culturales singulares de un pueblo “ni se compran ni se venden”³⁷.

En suma, no hay un posicionamiento en contra del etnoturismo, sino de casos específicos de esa práctica, como algunos ejemplos en comunidades indígenas costarricenses, mencionados en el segmento sobre ámbitos del patrimonio cultural indígena o afro, que son un atractivo para este tipo de turismo. Se considera el turismo como una empresa, que puede tener entre sus objetivos dar a conocer otras culturas, pero, en la realidad, no siempre es esa su prioridad, pues lo que vale es la ganancia, vender más paquetes turísticos. Hay una variedad de escenarios: algunos gestados por tour-operadoras externas a la comunidad, que son las que se llevan la mejor tajada de la ganancia; otras que se cifran en proyectos comunitarios, por lo general manejados por microempresas familiares o de organizaciones

³⁷ Como dice la letra de una canción popular de los 60, del cantautor español Manolo Escobar.

locales. Estos están más cercanos a ser un turismo alternativo, pero no siempre todas lo son, ya que algunas solicitan cooperación externa con entidades sin fines lucrativos, pero, el grupo local negocia sin participación de los asociados y sin beneficio equitativo³⁸, ya que este grupo se vuelve una “argolla”, que recibe mayores ingresos como certificados de sostenibilidad reconocidos por el Instituto Costarricense de Turismo (ICT) u otra entidad. En Costa Rica, el acceso a tecnologías y redes es bastante extenso y, es común, que mínimo una persona por vivienda tenga un teléfono celular. Sin embargo, aunque se ha incrementado el uso en redes sociales como estrategia de marketing, no todo emprendimiento de etnoturismo tiene acceso o capacidad para ello.

El acceso a la vida cotidiana y al ambiente natural que presentan las comunidades tienen matices, pues hay casos en que una tradición se comercializa al punto de transformarse en espectáculo para el visitante, al darse una transformación de valores de uso para convertirse en valores de cambio y ofertarse al mejor postor, en detrimento de la calidad y hasta la consolidación de bienes tradicionales.

La lengua en sí se convierte en instrumento exótico para narrar historias o cantar, y aunque no se traduzca, el turista se deja atrapar por un atractivo mediado. Se debe cuidar la barrera entre atraer más y ganar más a costa de simulaciones y pérdida de valores, en los que algunos juegan de ingenuos y a fin de cuentas son cómplices de los que, por beneficio individual o familiar, venden sus tradiciones.

La activación del patrimonio cultural como atractivo turístico tiene riesgos en que intervienen agencias sin intereses en fortalecer el PCI, más bien desea maquillarlo para obtener más ganancias. La convención señala derechos, pero también hay que cumplir con los deberes de salvaguardar el PCI, de

³⁸ Esta última práctica propicia una estratificación piramidal en una comunidad configurada por algunas centenas de habitantes.

garantizar la transmisión poniendo límites a acciones que imponen otros valores disfrazados de bienestar. Pero, por sobre todo, se debe mantener la conciencia del orgullo étnico, de poseer una cultura diferenciada y consolidar prácticas en la vida diaria y no para los días que llega el tour.

Cerramos con un adagio: “el frío no está en las cobijas”, sino en el control de los límites que la comunidad participativamente decida incluir en la oferta de etnoturismo, pues no toda expresión de valor patrimonial debe ser parte del paquete turístico.

Bibliografía y referencias

Acuña Ortega, V. H. (2002). La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870. *Revista Historia*, 45, p. 191-228

Aguirre Beltrán, G. (1967). *Regiones de refugio*. Instituto Indigenista Interamericano.

Alvarenga Venutolo, P. (2007). La inmigración extranjera en la historia costarricense. En Sandoval García, G. (Editor). *El mito roto. Inmigración y emigración en Costa Rica* (pp. 3-24). Editorial UCR (Universidad de Costa Rica).

Arias Ramírez, R y Muñoz López, J. J. (2007). La reforma económica y su impacto social en Costa Rica durante el período de ajuste estructural: apuntes críticos para el análisis. *Economía y Sociedad*, 31 y 32, p. 5 -34.

Aspelin, P. (1977). The Anthropological Analysis of Tourism: Indirect Tourism and Political Economy in the Case of the Mamainde of Mato Grosso, Brazil. *Annals of Tourism Research*, 4(3), p. 135–160.

Barrantes Cartín, C. (2015). *Lejano Diquis*. EUNED.

Barrantes, R. y Morera, B. (1995). Genes e historia. *Revista de Historia*, 32, p. 43-64.

Bertoncello, R., Castro, H. y Zusman, P. (2003). Turismo y patrimonio: una relación puesta en cuestión. En Bertoncello, R. y Alessandri, C. (Comp.) *Procesos territoriales en Argentina y Brasil*. Facultad de Filosofía y Letras (UBA), Buenos Aires

Bozzoli, M. E. (1975). Localidades indígenas costarricenses. EDUCA, Centroamérica. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio

Bozzoli, M.E. (1999). La sociedad cultural de la sociedad costarricense. En Acto de Homenaje Facultad Filosofía y Letras y Lección Inaugural 1999. Heredia. Universidad Nacional.

Burns, P. (2002). *Turismo e antropología: uma introdução*. Chronos.

Cardín Pedrosa, M. y Álvarez López, C. J. (2007). El turismo rural comunitario en Costa Rica. Actas del XI Congreso Internacional de Ingeniería de Proyectos. Lugo, España, 26, 27 y 28 de setiembre.

Chang Vargas, G. (2014b). Aproximación retrospectiva desde una mirada etic-emic, al patrimonio cultural intangible del Caribe Costarricense. *Revista Vínculos*, 37 (1-2), p. 71-100.

Chang Vargas, G. (2014a). Turismo étnico: sus trampas en algunos casos de comunidades indígenas de Costa Rica. En Oviedo, J. y Rozo, E. (Editores). *Turismo cultural: retos y perspectivas en América Latina* (pp. 393-422). Universidad Externado de Colombia.

Chang Vargas, G. (2023). *Etnoturismo y Patrimonio Cultural. Interacciones, transformaciones y resignificaciones de las artesanías/artes bruncas (1975-2014)*. Editorial UCR (Universidad de Costa Rica).

Constenla Umaña, A. (2011). La diversidad lingüística de Costa Rica: las lenguas indígenas. *Filología y Lingüística*, 37 (2), p. 93-106.

Decreto Ejecutivo N° 25226 – MEIC - TUR. Reglamento de empresas y actividades turísticas. 15 de marzo del 1996, publicado en La Gaceta N° 121, el 26 de junio de 1996.

Decreto Ejecutivo N° 37393 – MEIC - TUR. Reglamento de las Empresas y Actividades Turísticas y sus reformas. 24 de setiembre del 2012, publicado en La Gaceta N° 236, el 06 de diciembre del 2012.

Recuperado de: http://www.pgrweb.go.cr/scij/Busqueda/Normativa/Normas/nrm_articulo.aspx?param1=NRA&nValor1=1&nValor2=73815&nValor3=90747&nValor5=2

Donaire, J. A. (2012). *Turismo Cultural. Entre la experiencia y el ritual*. Editorial Vitel-la. (1ª ed.).

Dormaels, M. (2012). Identidad, comunidades y patrimonio local: una nueva legitimidad social. *Alteridades*, 22 (43), p. 9-19.

Duncan, Q. (2021). *La construcción multiétnica del pueblo de Costa Rica. Mestizaje, pluricultura y diversidades*. San José Colopro -Editorial Costa Rica.

Ferrero Acosta, L. (1985). *Entre el pasado y el futuro: las culturas aborígenes de Costa Rica del sector de tradición sudamericana a principios del siglo 16*. Editorial Costa Rica.

Flores, F. C. y Oviedo, M. E. (2017). Imaginarios turísticos, construcción de atractivos y New Age: El caso de San Marcos Sierras (Argentina). *Estudios y perspectivas en turismo*, 26(2), p. 493-508. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1851-17322017000200014&lng=es&tng=es

Grünewald, R. (2009). Indigenismo, turismo e mobilização étnica. En Graburn, N. et al. *Turismo e Antropologia. Novas abordagens* (pp. 97-118). Papirus Editora.

Herrera Sotillo, A. I. (2009). *Monseñor Thiel en Costa Rica: visitas pastorales 1880-1901*. Editorial Tecnológica.

Hiernaux, D. (2002). Turismo e imaginarios. En Hiernaux, D., Cordero, A. y Duynen Montijn, L. V. (Eds.). *Imaginarios sociales y turismo sostenible* (pp. 7-36). Cuaderno de ciencias sociales (123). Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO).

IDAYVUELTA COMUNICACIÓN (3 de diciembre 2017). ¿Por qué Costa Rica es el paraíso del turismo verde? Recuperado de: <https://idayvueltacomunicacion.com/2017/12/por-que-costa-rica-es-el-paraíso-del-turismo-verde/>

Instituto Costarricense de Turismo (ICT) (s.f.). Noticias destacadas. Página Web: <https://www.ict.go.cr/es/noticias-destacadas.html?start=330>

- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INEC) (2013). X Censo nacional de población y VI de vivienda 2011. Territorios indígenas. Principales indicadores demográficos y socioeconómicos. INEC. Recuperado de: https://inie.ucr.ac.cr/descarga/KOHA-PDF/Territorios_Indigenas.pdf
- IPGH (Instituto Panamericano de Geografía e Historia) (2019). 4a Reunión Técnica de Comisiones: Comité de Iniciativas Participativas /Proyectos Integrales. Santo Domingo, República Dominicana, 8, 9, 10, 11 y 12 de julio.
- Jiménez Matarrita, A. (2002). *El imposible país de los filósofos: el discurso filosófico y la invención de Costa Rica*. Editorial Perro Azul - Editorial Arlekin.
- Lara Pinto, G. (1996). La población indígena a inicios del siglo XVI. En Hasemann, G., Lara Pinto, G. y Cruz Sandoval, F. *Los indios de Centroamérica* (pp. 101-139). Colecciones MAPFRE.
- Lázaro Ortiz, J.E. (2018). *Juego o fiesta de los diablitos, fases y etapas. Reseña del Patrimonio Cultural del pueblo bruncájc de Yimba Cájc/Curré*. CIAN-VAS-Universidad de Costa Rica.
- Ley N° 1.917. Ley Orgánica del Instituto Costarricense de Turismo (ICT). 29 de julio de 1955, publicada en La Gaceta N° 175, el 9 de agosto de 1955.
- Ley N° 6.990. Ley de Incentivos para el Desarrollo Turístico. 15 de julio de 1985, publicada en La Gaceta N° 143, el 30 de julio de 1985.
- Mac Cannell, D. (2007). *Lugares de encuentros vacíos*. Melusina.
- Marín Hernández, J. J. y Viales Hurtado, R. (2012). Turismo y ambiente en la "Perla" del Pacífico. Una relación de ansias y desencuentros. 1946-1980. *Diálogos Revista Electrónica de Historia*, p. 151-205.
- Middleton, V. (1998). *Marketing in Travel and Tourism*. Heinemann.
- Oehmichen, C. (2020). La valoración de las culturas indígenas en el mercado turístico: ¿apropiación, despojo o resignificación? *Anales de Antropología*, 54(1), p. 149-158.
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura [UNESCO] (2003). Convención para la salvaguarda del patrimonio cultural inmaterial. UNESCO. Recuperado de: <https://es.unesco.org/about-us/legal-affairs/convencion-salvaguardia-del-patrimonio-cultural-inmaterial>
- Organización Mundial del Turismo [OMT] (s.f.). Glosario de términos de turismo. OMT. Recuperado de: <https://www.unwto.org/es/glosario-terminos-turisticos>
- Peralta, M. y Alfaro, A. (1893). *Catálogo razonado de los objetos arqueológicos de la República de Costa Rica en la exposición histórico-americana de Madrid, 1892*.
- Prats, L. (1997). *Antropología y Patrimonio*. Editorial Ariel.
- Presidencia de la República del Gobierno de Costa Rica (2 de mayo 2022). Costa Rica destaca en el mundo por atender con éxito la pandemia del Covid-19. Comunicados. Recuperado de: <https://www.presidencia.go.cr/comunicados/2022/05/costa-rica-destaca-en-el-mundo-por-atender-con-exito-la-pandemia-del-covid-19/>
- Quesada Pacheco, M. A. (2001). *Entre Silladas y Rejonas, viajeros por Costa Rica entre 1850-1950*. Editorial Tecnológica de Costa Rica.
- Ribeiro, D. (1972). *Configuraciones histórico-culturales*. Arca Calicanto.

- Rodríguez Chaves, A. (2016). Blancos perfectos: obsesión y delirio de la Costa Rica del siglo XIX. *Vínculos de Historia*, 5, p. 254-269.
- Salinas, R. D. (2018). Costa Rica, mucho más que un país verde. Entorno Turístico. Hablemos de turismo. Recuperado de: <https://www.entornoturistico.com/costa-rica-mucho-mas-que-un-pais-verde/>
- Sánchez Avendaño, C. (2009). Situación sociolingüística de las lenguas minoritarias de Costa Rica y censos nacionales de población 1927-2000: vitalidad, desplazamiento y autoafiliación etnolingüística. *Revista de Filología y Lingüística de la Universidad de Costa Rica*, 35(2), p. 233-273.
- Santana Talavera, A. (2003a). Patrimonios culturales y turistas: Unos leen lo que otros miran. PASOS: Revista de Turismo y Patrimonio Cultural, 1(1), p. 1-12.
- Santo Maroto, E., Constenla Umaña, A. y Leiva, P. M. (2011). *Leyendas y tradiciones borucas*. Universidad de Costa Rica.
- Soto Quirós, R. (2017). Construyendo un imaginario externo de Costa Rica en el siglo XIX: el caso de Félix Belly. *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe*, Universidad de Costa Rica, 14(1), p. 145-176.
- Stone, D. (1949). *The boruca of Costa Rica*. Peabody Museum Press
- Stone, D. (1961). *Las tribus talamanqueñas de Costa Rica*. Museo Nacional de Costa Roca
- Urry, J. (2004). *La mirada del turista*. Universidad de San Martín de Porres.
- Vignati Scarpati, F. (2009) *Gestión de destinos turísticos*. Trillas.
- Weil, J. (2004). Virtual Antiquities Consumption Values, and the Cultural Heritage Economy. En Werner, C. y Bell, D. (Eds.). *Values and Valuables. From the Sacred to the Symbolic* (pp. 231-255). Society for the Economic Anthropology-Altamira Press.